

Con llingua propia

El mejor llibru del mundu

Tirán el blancu, un clásicu ahora n'asturiano



ANTÓN GARCÍA

«Por su estilo, es éste el mejor libro del mundo», escribe Cervantes nel Quixote refiriéndose al **Tirán el Blancu**, «un tesoro de contento y una mina de pasatiempos». Ye bien conocíu qu'esta novela de caballerías, impresa per primer vez en Valencia en 1490, ye la que salva'l cura cuando expurga la biblioteca d'Alonso Quijano. Sieglos más tarde Vargas Llosa ye de la mesma opinión, calificando esta obra como novela total, «de caballería, fantástica, histórica, militar, social, erótica, psicolóxica: toes estes coses a la vegada y nenguna d'elles exclusivamente, nin más nin menos que la realidá». L'autor, el caballeru **Joanot Martorell** (Gandía, hacia 1413 - Nápoles, 1468), tien un notable procuru pola verosimilitú, intentando explicar aquellos pasaxes que parecieren fantasiosos o máxicos. Otros, n'especial los relixosos, pudieren ser interpolaciones de quien da remate a la obra una y bones muere Martorell, Martí Joan de Galba.

La novela, que xuega col recursu lliterariu de ser una traducción de l'inglés, tien un argumentu que trai y lleva a los sos protagonistas per Europa y el Mediterraniu, dende Inglaterra a Grecia, pasando per Rodes y Túnez. El propiu Cervantes fai un resume por boca del cura (versión asturiana de Pablo Suárez): «Equí ta don Kirieleisón de Montalbán, valerosu caballeru, y el so hermanu Tomás de Montalbán, y el caballeru Fonseca, cola batalla que'l valiente de Tirán fixo col alanu, y les agudeces de Placerdemiovida, colos amores y embustes de la Vilba Reposada, y la señora Emperatriz, namorada d'Hipólito, el so escuderu. (...) Equí comen los caballeros, y duermen, y muerren nes sos cames, y faen testamentu enantes de la so muerte, con estes coses de les que tolos demás llibros d'esti xéneru escarecen». Tirán el Blancu ye un caballeru inxeniosu y humanu, valiente nel combate y indecisu na conquista amorosa. Representa l'ideal caballerescu: fidelidá, menospreciu del sufrimientu y de la muerte y ansia de gloria.

El trabayu de **Pablo Suárez García** poniendo n'asturianu esti tesoru de la lliteratura europea ye concienzudu y interesante. Nel prólogu que pon al frente de la edición explica que renunció a «traducir» los cultismos abundantes del textu a palabres patrimoniales, y que s'esforzó por nun modernizar una novela que tamién na versión asturiana necesita remitir al contextu medieval. Pero a esos criterios que compartimos añadiríamos nós el d'evitar les ampliaciones de campu semánticu de determinaes palabres de les qu'abusó'l nuesu primer Surdimientu. Pongo dos exemplos de la dedicatoria cola qu'arrinca la novela: atopamos que los términos catalanes «vulgada» («conocida») y «desig» («deséu») se traducen al asturianu como «sopelexada» y «pruyimientu», respectivamente. Una elección discutible y que vemos aplicada na traducción más veces de les que nos prestaría.



Tirán el Blancu (tomos 1 y 2)

JOANOT MARTORELL
TRADUCCIÓN AL ASTURIANU
DE PABLO SUÁREZ GARCÍA
Uviéu, Academia de la Llingua Asturiana, 2012

LECTURAS

La otra víctima del Eslava

Las Historias de asesinos, tahúres, daifas, borrachos, neuróticas y poetas de Luis Antón del Olmet



JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN

El día 2 de marzo de 1923, a las tres de la tarde, sonó un disparo en el salóncillo del madrileño teatro Eslava. Se estaba ensayando la obra **El capitán sin alma**, estrenada poco antes en San Sebastián. Sus autores eran **Luis Antón del Olmet**, uno de los nombres más significados en la literatura del momento, y **Alfonso Vidal y Planas**, un escritor recién salido del famélico mundo de la bohemia gracias al éxito de **Santa Isabel de Ceres**, melodrama sobre una prostituta que se redime gracias al amor de un poeta (al parecer tenía un trasfondo autobiográfico). La relación entre ambos colaboradores resultaba desigual: uno, de fuerte carácter, acostumbrado a los lances de honor, marcaba siempre el rumbo, imponía las decisiones; el otro, un apocado exseminarista maltratado por la vida, aceptaba gustoso el segundo plano, la reiterada humillación. Pero algo ocurrió aquel día, o algo había ocurrido aquellos días, y a las tres de la tarde sonó un disparo y la víctima se convirtió en verdugo.

Como no podía ser de otra manera, aquel asesinato ocupó la primera plana de los periódicos durante bastante

tiempo. Alfonso Vidal y Planas fue a la cárcel, siguió colaborando desde ella en numerosas publicaciones, sobre todo en las dedicadas a la novela corta, tan populares entonces. Luego se perdió su pista en el turbión de la guerra civil, hasta reaparecer –**Francisco Ayala** lo cuenta en sus memorias– en Estados Unidos convertido en profesor universitario de filosofía.

La obra de Olmet es abundante a pesar de su breve vida, y el autor merece estar entre los más destacados de su tiempo

Fue un crimen extraño el del teatro Eslava. Desde el primer momento las simpatías se dirigieron todas hacia el asesino. Alfonso Vidal y Planas era un buen hombre, aunque un mal escritor. Todo lo contrario que Luis Antón del Olmet, un personaje sin escrúpulos al que muchos odiaban, pero un más que notable escritor.

Lo confirman estas **Historias de asesinos, tahúres, daifas, borrachos, neuróticas y poetas** que ahora reedita una poco conocida editorial y que quizá sirvan para llamar la atención de otras y rescatarle del purgatorio de las librerías

de viejo. Reúne el tomo, cuya edición original es de 1913, cinco relatos publicados inicialmente en **El cuento semanal** y en **Los contemporáneos**, las famosas revistas dirigidas por **Eduardo Zamacois**. El tono de cada una de ellas es muy distinto; demuestran a las claras que Antón del Olmet distaba de ser un escritor monocorde, al contrario que el quejumbroso Vidal y Planas.

«Vaho de madre», ambientada en Galicia, tiene el garbo estilístico de los esferpentos, aunque en 1911 –cuando se publicó por primera vez– Valle-Inclán apenas había tanteado esos caminos.

El relato siguiente, «La verdad en la ilusión», está dedicado «a un hombre bárbaro y feliz que vive sin penas y sin literatura», todo lo contrario del autor. Se trata de una utopía que, como todas, habla del mundo contemporáneo. El narrador se despierta en la vitrina de un museo «expuesto como un vestigio de civilizaciones pretéritas»; vuelve a la vida cuatrocientos años después. El mundo del futuro es un mundo de hombres desdentados porque se alimentan con píldoras, que no tienen nombre sino número, que no conocen la familia ni el amor: «Un ciudadano del siglo actual sabe que cuando los hombres eran bárbaros cortejaban a las mujeres, las perseguían, pillaban catarros bajo sus balcones, se casaban con ellas. Eso pertenece a un pasado pintoresco y lírico,

POESÍA

Adiós a la malevolencia

Los Pasos contados de Domingo Caballero



FERNANDO MENÉNDEZ

De entrada, desconfíen de lo dicho desde la parcela que rodea a un libro (solapa-contraportada). En el caso de **Pasos contados**, se afirma que el poeta **Caballero** «da un giro temático y formal que rompe con su anterior trayectoria»; se declara que el poeta Caballero «renuncia en este libro a la poesía hermética que le venía caracterizando, culturalista y de factura irracionalista, para valerse ahora de una retórica racionalista, casi clásica, de metáforas limpias». Desconfíen: pues ni antes el decir era tan turbio ni ahora tan cristalino. Que el ofidio cambia de camisa es un hecho: a diferencia de **Fauna de varia lección** (KRK, 2008), **Pasos contados** está desbordado por poemas río que parecen evocar sigilosamente el fluir inapelable de las **Coplas a la muerte** del maestro **Manrique**. Poemas que –prodigios de la edición– se presentan al lector fragmentados en remansos o en ligerísimos torrentes; vigilados siempre por la esclusa del salto de página. Nunca cubre

totalmente el poema el lecho ofrecido, lo que (y esto es harina de otro costal, debate de otro momento) inclina la lectura a una experiencia de espejos fragmentados. Ni quito ni pongo. Del editor como autor sobrevenido se podría perorar a lo largo y a lo ancho. No es el momento. Lo que sí digo es que por cada poema conviene primero avanzar a saltos y en una segunda oportunidad de corrido. De un salto o de un pase veo que el poema que abre el libro, «Casa demolida», concluye con un final redondo, esférico por su rotundidad: «Porque nadie habita dos veces / la misma casa». No se demora el poeta Caballero en darme la razón: en cuestión de casas se podrá mudar o demoler todo lo que imponga la vida; se verán pasar los días atrincherado uno tras fachadas herméticas o racionalistas, pero el inquilino –racioncita menos, racioncita más– tiende a ser el mismo.

Y qué decir del inquilino Caballero: que pese a mudas y otoños, hay un aliento que sopla desde su lejano **Autogeografías** (Provincia, León, 1985): su desconfianza de lo poético como término, como identidad. El peregrino Caballero quisiera pasar por la poesía pero

no quedarse; ejercitar pero no militar. Evidencias de lo paradójico: es ese re celo el que empuja a escribir y a dejar lo impreso como testigo de cargo.

Desde el ladino género de la contraportada ya se nos advertía en **Autogeografías**. Conviene valorar este libro en su justa medida, mayor incluso de lo que el propio autor quisiera o sospechase. La autogeografía –acertado concepto– se ofrece como una suerte de poética, amparo o autojustificación. Vayamos, pues, a la contraportada: «La autogeografía es un subgénero literario que apunta a un doble objetivo: emborronar el paisaje con las pinceladas de un yo que pretende gozar o sufrir muchísimo en privado para vocearlo en público –achaque común de poetas–; y, por otro lado, enmarcar un yo, embellecido, entre las frondas y riscos del paisaje– otro guiño poético. En cualquier caso, la lectura de estos dos poemas deja la impresión de una malévola inautenticidad poética, hecha de materiales auténticos (suponiendo que se sepa de antemano lo que es o no es auténtico). Esta ambigüedad parece divertir al Autor, y constituye la esencia de la autogeografía».

Aquí está el cambio: el título de la

realmente despreciable y ruin. Ahora un hombre consciente sabe que es una mujer, en qué consiste una mujer, la analiza, la ve en todas sus entrañas, en todas sus células. No puede amarla. Se limita a comprenderla». Antón del Olmet quiere dejar claro que el mundo futuro del que habla no es más que una caricatura del actual. «Hemos llegado al extremo –le explica el ciudadano del mañana al narrador– de ser preciso halar con premios importantes a los que pierden su tiempo, el áureo tiempo que reclama el estudio, procreando estúpidamente». Y este responde: «Algo así fue necesario hacer en Francia cuando yo vivía». De todos los inventos que Antón del Olmet imagina en su mundo futuro solo uno se ha hecho realidad: el teléfono sin hilos que suena de pronto en un bolsillo.

En «La viudita soltera» lo que menos importa es el relato de un contrariado amor adolescente. Por las mismas fechas en que Pérez de Ayala evoca la vida en los colegios de jesuitas en su novela A.M.D.G., Antón del Olmet sitúa a su personaje, de quince años, en un internado de Orihuela. Y cuenta, sin demasiado escándalo, sin ponerles su ver-

Historias de asesinos, tahúres, daifas, borrachos, neuróticas y poetas

LUIS ANTÓN DEL OLMET

Edición de Rubén López Conde
Ginger Ape Books & Films. Almería, 2012.



Pasos contados

DOMINGO CABALLERO

KRK Ediciones, Oviedo, 2012.
234 páginas

última entrega del poeta Caballero nos lo anuncia: **Pasos contados**. El tiempo apremia y fuera hace frío. Más que las modificaciones formales, lo trascendente es que no son horas de ambigüedades ni de malévolas inautenticidades. Se puede asumir la natural y ancestral imposibilidad del poema desde el cinismo o desde la lucidez de la evidencia: «¿Acaso te ves obligado, esférico sin tropezos, / a vivir lisa y llanamente? / No, por cierto. / Como un animal fatigado / en un bosque esquivo, / careces de centro, / adoleces de superficie, / echas de menos / algo tibio. / Y vuelta a rodar» («Núcleo en guerra», «Pasos contados»).

Que diecisiete años no son nada para superar de la poesía su juventud, su ambigua adolescencia. Que el poema a lo sumo sólo puede igualar o remendar la

dadero nombre, anécdotas de la vida colegial que tienen que ver con el abuso sexual y con los malos tratos.

El tono vuelve a cambiar en «¡Quiero que me ahorquen!», que aún costumbrismo y feísmo con ecos de Poe y de Dostoievki. Como todos estos relatos, tiene un gran valor sociológico: ayuda a comprender la sociedad de hace un siglo mejor que muchas sesudas monografías.

Costumbrismo hay también en «La risa del fauno», pero ahora no ambientado en los barrios bajos madrileños, sino en la buena sociedad que veranea en La Granja en torno a la Infanta. La historia que se nos cuenta es claramente una historia de amor entre mujeres. No se emplea nunca la palabra lesbianismo, pero no se nos ahorran los detalles. Se trata de dos amigas que viven juntas. Una se ha demorado en la cama; la otra, que no quiere llegar tarde a misa, le dice al despedirse: «Ahora un besito. No; ha de ser en los dientes, en los diente-cillos». Y así continúa el narrador: «Laura se defendía débilmente, hurtando el cuerpo, lanzando risas entrecortadas en un pugilato lleno de coquetería. Al fin quedó presa entre los brazos robustos de Rosa. Y sus labios gruesos y rojos se hundieron en los labios finos y exangües de Laura, y estuvieron un momento, avariciosos y glotonos, acariciando la nieve de aquellos dientes diminutos».

La obra literaria de Luis Antón del Olmet es abundante, a pesar de su breve vida (que daría, sin embargo, para una novela al estilo de **Las máscaras del héroe**, de Juan Manuel de Prada). Y esa obra –al contrario de la que tantos bohemios– no es una anécdota más en una vida llena de ellas. Luis Antón del Olmet merece figurar por derecho propio –como narrador y como cronista excepcional– entre los escritores más destacados de su tiempo.

realidad es la chispa que enciende los versos de **Pasos contados**. Se acabaron los bailes, hemos sido expulsados del salón: «Digo que quizá nunca nada ha sido natural / ni nunca urbano, / pues arde la historia de cadáveres, / y no sabrás de qué mueres / ni para quién vives. / Los campos son siempre campos de batalla, / las margaritas enrojecen, / las raíces chorrean espantadas. / No volveré. / La historia nos siega como mies / y quien sólo domine / latín, griego y francés, / a estas alturas, / es un cadáver, padre, ciudadano» («Raíz de urce»).

«Quizá nunca nada ha sido natural ni nunca urbano...». Menos aún la poesía. Género por definición indómito y atípico. Fuerte en su incapacidad. Aceptar dicha contradicción forja al poeta. Lo demás son edades, pasajes, coyunturas.

Y si no, que concluya el maestro **Lezama**, extraído el pecio de su luminoso ensayo **La dignidad de la poesía**: «La poesía tiene que empatar o zurcir el espacio de la caída. De ahí la gravedad o exigencia de su imposibilidad. ¿Pues cómo lograr ese espacio de aliento, que aparece entre las contradicciones de su circunstancia y el vacío de su identidad? En toda sustancia poética, hay como un punto bisagra, como una señal adhesiva a un caudal que primero aclaró e hizo posible la existencia de lo embozado detrás de su bisagra. Al desaparecer ese análogo el poema queda condenado a su propia confluencia y a las excepciones, a los aislamientos, a las imploraciones, que por su voluntarioso predominio logra establecer en lo temporal».



Antonio G. Iturbe. | FERRÁN MONTENEGRO

ANTONIO G. ITURBE | Escritor. Lleva años dedicado al periodismo cultural, asignatura maría dentro de la información, dice, aunque sólo apta para «militantes». Ha dado el «golpe» editorial con **La bibliotecaria de Auschwitz** (Planeta), novela escrita tras localizar a la protagonista real.

«Sólo con comer y trabajar no somos personas»

«El éxito de los libros es un misterio del que nadie sabe la clave»

ALFONS GARCÍA

VALENCIA

–¿Ya cree en los héroes tras conocer a la bibliotecaria de Auschwitz?

–Sí. Los héroes no son los chuletas, sino quienes hacen cosas aparentemente pequeñas pero necesarias para que la vida siga. Como Dita Kraus.

–¿Y ve muchos héroes ahora en la calle?

–Muchos. Cuando veo los desahucios y las decenas de personas que se ponen delante por alguien a quien quizá no conocen, éstos son héroes.

–El libro es un canto a la esperanza incluso en los momentos más difíciles. ¿Vale para hoy también?

–Creo que sí. Bruce Chatwin dice que donde crece lo que nos aniquila también crece lo que nos salva. De momento, en esta crisis hemos encontrado la unión entre la gente, filones de riqueza interior que creíamos que no existían.

–¿Como es posible que una historia como la de la bibliotecaria no se hubiera escrito antes?

–Porque no es un hecho historiográficamente muy relevante: ¿qué es reunir un puñado de libros viejos en un barracón de Auschwitz en la historia brutal de la II Guerra Mundial? También está el carácter de ella, que no le da importancia. Y algo se había escrito: yo llego a través de una referencia en un libro de **Alberto Manguel**.

–«Sólo con pan y agua, la humanidad entera muere». ¿La frase es una de las claves del libro?

–La idea fuerza. Y en un momento como éste se demuestra: comiendo, trabajando y durmiendo sobrevivimos, pero no sé si somos personas, con ilusiones y sueños. Necesitamos trampolines a la imaginación, como los libros, el teatro o el cine.

–¿Un canto a los libros en un libro es corporativismo u onanismo?

–Es agradecimiento, porque la vida de alguien corriente como yo habría sido muy vulgar sin los libros.

–¿El libro también enseña que uno ha de reírse incluso en las peores circunstancias?

–Sí. El humor es una forma de rebeldía, una cosa de risa, pero no banal. Nos hace pensar y reflexionar.

–«Los alemanes son incapaces de vivir fuera de una cierta lógica». ¿Cuál nos están aplicando hoy?

–Una fantástica para ellos, que viven con un nivel de paro bajito y su economía funciona muy bien. Lo que tenemos que intentar es darle la vuelta, porque esa lógica nos va a aplastar.

–¿El éxito de su novela permite creer que si uno tiene una buena historia consigue publicarla y que triunfe?

–No sé si arrogarme tal mérito. El éxito de los libros es un misterio del que nadie sabe la clave. El «marketing» muchas veces fracasa y grandes éxitos comerciales surgen inesperadamente –pienso en Larsson–. Es parte de la gracia de esta industria. Quiero creer que un libro extraordinario como el «Quijote» no quedaría sin publicar.

–¿Se ha mirado en el éxito de «El niño del pijama de rayas»?

–Uno está hecho de todo lo que mastica, quiera o no; pero no me convencen los libros que encaminan todo hacia un final brillante. Es tan importante el camino como la posada.

–¿Qué es la suerte, porque sin el correo que le respondió Dita no sé si estaría aquí?

–¿Quién sabe! Aunque la suerte hay que merodearla. Es cierto que la tuve, pero llevaba tiempo buscando a Dita. El azar nos condiciona, pero hay que estar en el camino.